

Un cuento de hadas que termina mal

Rafael Alcides

Índice

Estimado lector 9

Un cuento de hadas que termina mal

La época 13

Cuarenta años después 23

En los sesenta de Ramoncito Veloz 31

La conspiración de los puerquitos 43

La fiesta del tamal 53

Preocupaciones de una dama 59

Lágrimas sobre la mantequilla 67

Examen de conciencia 73

La adelantada 77

El invitado 87

Un cuento de hadas que termina mal 91

Apéndice

Nuevo viaje a la semilla (El libro de Lela) 113

ESTIMADO LECTOR:

Conozco en La Habana un hombre que vive frente al malecón en una casa triste y vieja, una casa de puntal alto y elevado portal, situada a cuatro metros de la acera, que fue en otro tiempo aristocrática mansión de una familia numerosa. Cuando hoy el mar sube de nivel, azotado por los vientos que en estos últimos años han venido desatándose sobre la capital cubana con puntualidad sospechosa (unos dicen que castigo del Cielo, otros que consecuencias del cambio climático), deja la casa en ruinas y al hombre esperando por la Virgen para poder repararla.

En la última de esas inundaciones el hombre se plantó detrás de su puerta y empezó a forcejear con el mar. El mar empujando y el hombre apuntalando la puerta con el hombro mientras el viento hacía volar las viejas ventanas de la casa y el agua en el portal seguía subiendo pie sobre pie.

Fue una lucha de titanes. Finalmente el mar se abrió paso con todos sus vientos, arrastró puerta y hombre: empujándolos corriente abajo como corchos flotando hasta hacerlos rebotar contra el alto muro del patio donde por último los dejó, girando en el remolino de las aguas, destrozada la puerta, sin arreglo posible, y asustado de su locura al hombre.

Un aire de familia entreveo en la circunstancia de aquel infeliz y la que ha signado a la mayor parte de los protagonistas de esta breve relación que he compues-to con confianzas escuchadas en funerarias, colas, paradas de ómnibus, terminales aéreas, en las aceras oyendo a las comadres mientras barren y en otros sitios donde el cubano de estos años que no ha emigra-do, por matar el tiempo o quién sabe si por comprobar si vive, se pone a intercambiar sus penas, más alguna nostalgia (no lo niego) de las mías. Por eso, puesto a pensar en un prólogo que nos resumiera, me pareció que ni pintada la anécdota de aquel hombre desesperado de frente al malecón que intentó aguantar al mar apuntalando la puerta con el hombro.

El Autor

Un cuento de hadas que termina mal

La época

HA LLEGADO A SU casa exhausto como de costumbre, apenas sin ánimo para seguir en pie pero llevándole a su niña el librito de dibujos por colorear que le prometió ayer por teléfono. En el comedor, donde relucen los muebles comprados a plazos, ha sentido de nuevo, al alzar a su pequeña hija para apretársela contra el pecho queriendo hacerla inmortal, el dolor, de nuevo el dolor, el dolor insoportable de estos días, el feroz dolor en las manos, en los hombros, en la cintura, el dolor que ya comienza a preocuparle. Ni tiempo para afeitarse ha tenido desde antier. En conjunto, sumado con mucha imaginación, habrá dormido, si acaso, diecinueve horas en las últimas dos semanas. Es la época. No se da abasto por mucho que te esfuerces. Quieres llegar temprano a tu casa y te cae un gordito renuente como el de anoche, te cae un doctor y, creyéndose muy sabio por ser doctor, tampoco él quiere hablar; te cae un obrero de la construcción que ni a poner su nom-

bre ha aprendido aún y también él te habla de leyes, de Constitución, creyéndose que vive en Suiza, y así cuando vienes a ver te volvieron a agarrar trabajando las cinco de la mañana. Por fin al terminar con el estudiantico aquel todo estará O. K., pero entonces suena el teléfono y hay que salir de nuevo a operar en la calle donde a lo mejor te meten un tiro en la balacera, y cuando regresas a la Estación (si tuviste la suerte de regresar), entonces, a lo mejor ya a media mañana y todavía sin saber de tu familia, al trabajo con los que no lograron escapar en la redada, sí señor, a empezar de nuevo, a empatar un día con el otro otra vez, y así pueden ir tres días, cuatro. Cinco hubo una vez. Pues no se para, no se da abasto, nadie se compadece de ti, por el contrario. El prisionero mismo, al verte cabeceando, se luce resistiendo. La ciencia te ofrece anfetaminas para que no te duermas, muchas anfetaminas, pero hasta ahí. Mucho estreno en los cines y mucha botella y violines por ahí, sí señor, rubias que dan miedo y mucho de todo, pero no para ti. Para ti las anfetaminas. Ni aun al Capitán le pasaría por la cabeza recordar que eres un hombre casado, un hombre con responsabilidades familiares, porque él también es casado, él también tiene hijos pequeños y deberes en su casa (no le pongas tú a eso la Logia, el Club Rotario, los Caballeros de Colón y todo lo demás), y aun así a

menudo se ve obligado a echar una manita en el sótano, cuando no sacando una uña, un ojo, y así. En ese sentido nadie podría hablar mal del Capitán. Ni en otros del trabajo propiamente dicho. Porque si es en los tiroteos, él es el primero en sacar la cabeza aunque luego allá arriba, en la Jefatura, repitiendo la medicina que acá abajo le da él a su gente, no le den el crédito o se lo disminuyan al redactar el parte para Palacio. Es la época. La condición humana, la falta de consideración en todas partes. Mira tú con el trabajo que nos costó el gordito de anoche y lo que al final nos hizo, haciéndole perder a uno la noche. Porque ya ni resisten. Aun así, él no los odia, él no se mete en política, pero tampoco lo engañan. Él hace su trabajo y cumple con su deber a conciencia con el mismo celo que ponía ya de niño cuando era aprendiz de carpintería o cuando fue mensajero de farmacia con bicicleta, uniforme y todo ya de mayorcito. Pero no lo engañan. Porque si fueran ellos quienes rodaran los autos charolados de la República (dígame usted), ellos los que llevaran los entorchados y cortaran las cintas en las inauguraciones, ellos los que se retrataran junto a los bustos de los fundadores y pronunciaran los discursos en los días patrios (dígame usted), ellos los guardianes del escudo y la bandera, si tal desgracia llegara a suceder (ni pensarlo es bueno) pero si eso sucediera, sonrío y prosí-

gue tu camino, caminante, porque entonces ellos harían con él exactamente lo mismo que hace él hoy con ellos de representar él entonces lo que ellos representan hoy. (Eso es científico). Y si luego, ya sentados gravemente en los autos de la República, con todos sus entorchados encima, ocurriese que comerciaran en efecto «con ideas exóticas» —como dicen Allá Arriba—, ¡ah!, entonces échate a llorar alma mía, apiádate, entonces, de nosotros, Señor, porque entonces eso sería el caos y el no hay palabras para decirlo. Perseguirían hasta a los gorriones y a los enamorados, y en todas partes usted vería mujeres y niños (a lo mejor hasta a la propia madre de uno o a la propia niña de uno, o a la propia señora de uno, sí señor) metidos en campos de concentración, sin respeto ni misericordia de nadie, sembrando hortalizas bajo el cañón de un fusil o partiendo piedras para hacer las pirámides de ellos. (Eso es científico). Por otro lado (no es seguro: y esto es lo peor que tiene, lo que más obliga), a lo mejor, tal vez este año —al fin, por fin—, como regalo de Navidad, el niño Jesús, haciéndole justicia, le traiga el tan merecido ascenso. Para eso tiene ahí una vela prendida ardiendo sin fin encima del escaparate y están Dios y la Virgen que leen en el corazón de los hombres. ¿Y por qué no? Tenientes ha visto él que pasaron a generales en una noche de suerte, y que no tenían la hoja

de servicios de él, porque él ya ha hecho cosas en este país que vendieron la edición de un periódico y hasta fueron citadas Allá Afuera por la prensa. El asunto está en llegar a teniente con el favor del Niño Jesús, no por vanidad, ni siquiera por el salario, por poder dormir un poco y pasarte un sábado en casa, o cuando menos ocuparte de tu familia un par de horas al día aunque eso nada más fuere, pues él nunca ha soñado con ser rotario ni masón ni malbarataría jamás una hora de su vida en nada de eso, y eso bien lo saben Dios y la Virgen. Teniente nada más. Pero para lograrlo, para llegar a pegarte sobre los hombros ese par de barritas mágicas hay que ser muy disciplinado, sí señor, y pasar mucha noche fuera de la casa, sí señor, y ver con dolor cómo tu señora se pone vieja sin que le saques provecho, sí señor, que quien te critique, sea en la calle, en los periódicos o desde el púlpito, ese no sabe nada de las cosas de la vida, ese es un pusilánime, un demagogo, un insensible de marca, un pusilánime que nunca ha pensado en su familia. (Eso es científico). Y ahí está ella de nuevo, mírenla, recién bañada y perfumada como todas las tardes a esta hora, con su cinta de color en el pelo, luciendo el vestido que tan bien le queda, y sin duda con planes para esta noche, las cervecitas en el refri, las velas y el incienso (puede usted apostar) esperando ya encima del velador, Dios